

# El poema y la institución

## Sobre la escritura de la historia (en torno a Michel de Certeau)

Ana Carrasco

Una pregunta de George Vigarello en el marco de una entrevista realizada en 1982 hace recordar a Michel de Certeau una anécdota que vincula –póngase aquí la debida distancia– la labor del historiador con la del barón Victor von Frankenstein. El historiador trabaja con fragmentos que le permiten recomponer la ficción de una historia cuya función consiste precisamente en colmar, mediante la sustitución, el vacío de una ausencia, de una falta: la de lo real, la de aquello que realmente aconteció. Vigarello va más allá: si la historia según Certeau tiene que ver con una peculiar reconstrucción del pasado, ésta conlleva a su vez la búsqueda fracasada de cuerpos ausentes que solo pueden ser traídos a presencia mediante una ficción, reconstruidos con los vestigios que nos quedan, con los restos mortales, como se reconstruyen ficticiamente los rasgos del difunto a través del programa informático de la doctora Brennan, la antropóloga forense de la serie de ficción *Bones* (por cierto, basada en la vida real de la antropóloga Kathy Reichs), para identificar y catalogar al cadáver gracias al buen hacer de una licenciada en Bellas Artes con los huesos que le proporciona la investigación criminal: producción de ficción en la que, recordando –y parafraseando– a Baudrillard, el mapa sustituye al territorio, aunque no lo preceda (o no deba precederlo) y que tiene como función, por tanto, la re-producción de lo real. El historiador, de este modo, siguiendo el arte de la cartografía del imperio descrito por Borges, traza un mapa –reconstruye un cuerpo– que recubre –que suplanta– al territorio –lo acontecido–. Por cierto, que esta relación entre el historiador y los huesos no es nada nuevo: ya en Hamman y en Herder se encuentra la idea del historiador como recolector de huesos y restituidor del polvo humano.

Por lo dicho, el historiador no insuflaría por tanto vida a un cuerpo nuevo, una nueva criatura, como lo hiciera el moderno Prometeo en la novela de Mary Shelley, sino que más bien reconstruiría, siguiendo las miguitas de pan, el que se perdió en el tiempo. El historiador se convertiría en escultor, algo siniestro eso sí, de las figuras de cera del museo Madame Tussauds de la historia: reproduce la vida basándose en un modelo previo, pero no da vida a la reproducción. Escribe la historia, pero no la produce (en el sentido de

que no inventa acontecimientos). De ahí que Certeau pueda afirmar que el objeto del historiador no es el tiempo en sí mismo sino el vestigio, los objetos determinados. Son éstos, los vestigios, los restos, los que analiza el historiador y los que le permiten reproducir, como en el juego infantil por el cual se obtiene un dibujo uniendo los puntos que lo conforman, la historia. Y todo juego, bien lo sabemos desde Wittgenstein y sus *Investigaciones filosóficas*, está sometido a unas reglas y ligado a una red de relaciones que hacen que cada juego sea diferente dado el conjunto de actividades y usos que rigen en ella, lo que quiere decir, aplicado al concepto de Certeau, que la historia es siempre –habla aquí Marquard– multiversal, no solo porque haya muchas historias, sino porque cada historia es diferente y lo es porque es diferente el juego que la produce. Recordemos la respuesta exacta de Certeau a Vigarello: «Me haces recordar una experiencia extraña, ocurrida durante un coloquio científico consagrado al cuerpo. Por todas partes buscábamos el cuerpo y en ningún sitio lo encontrábamos. El análisis no revela sino fragmentos y acciones. Descubre cabezas, brazos, pies, etcétera, que se articulan en diferentes maneras de comer, saludar, cuidarse. Se trata de elementos ordenados en series particulares, pero uno nunca encuentra el cuerpo. El cuerpo es algo mítico, en el sentido de que el mito es un discurso no experimental que autoriza y reglamenta unas prácticas». Certeau prosigue: «Lo que forma el cuerpo es una simbolización sociohistórica característica de cada grupo. Hay un cuerpo griego, un cuerpo indio, un cuerpo occidental moderno (habría todavía muchas subdivisiones). No son idénticos. Tampoco son estables [...] En una palabra, cada sociedad tiene su cuerpo, igual que su lengua [...] Al igual que una lengua, este cuerpo está sometido a una administración social. Obedece a reglas, rituales de interacción y escenificaciones cotidianas». Siguiendo el ejemplo del dibujo obtenido al unir unos puntos entre sí, el historiador no haría sino seguir la numeración dada y es este seguimiento, fundamentado en un sistema de convenciones que definen el marco de relaciones determinadas (las reglas del juego), el que otorga legitimidad a la reconstrucción. El historiador ha de jugar por tanto con las reglas de la comunidad científica de su tiempo para que su trabajo goce de reconocimiento. La labor del historiador lleva siempre implícita una historicidad característica, no impresa por el tiempo o la historia (supuesto objeto del historiador, como hemos dicho), ni por el vestigio (el verdadero objeto de análisis), sino por las formas del juego en activo. Es evidente que lo que se está cuestionando aquí es la objetividad de la historia y su valor «científico» no solo por lo que se refiere al valor normativo de las instituciones, sino también por el carácter «creativo» con el que el historiador une aquellos puntos, los vestigios, para recrear en el espacio el contorno de una ausencia.

Nadie dudará del carácter científico de la antropología forense –recuérdese el ejemplo de Kathy Reichs, en la que se basa el personaje de Temperance Brennan en *Bones*– pero sí se duda de la de la historia. Ambas disciplinas, sin embargo,

efectúan una determinada forma de cartografía del territorio que les permite, mediante el arte reproductivo de la ficción, recrear lo que ya no está. No es baladí, por cierto, que el famoso texto sobre el arte de la cartografía de Borges incluido en *El hacedor*, lleve por título precisamente «Del rigor de la ciencia». El antropólogo forense, por ejemplo, emplea las técnicas de reproducción facial introduciendo los valores obtenidos en el curso de la investigación dentro del programa informático que los «une» *objetivamente* recreando una imagen 3D de la cara (en al. *Gesicht*). El historiador por su parte recrea lo acontecido al unir los vestigios en una narración de la historia (al. *Geschichte*) a través de lo que Certeau llamará, recuperando la figura de Freud, la escritura de la historia (*Geschichtsschreibung*), expresión que el propio Freud había empleado en su *Moisés* al ocuparse de la historiografía hebrea. Lo que se obtiene en ambos casos es lo mismo: no el cuerpo (el rostro, lo que aconteció) sino los algoritmos que proporcionan la apariencia de rostro, en el caso de la antropología forense, o la apariencia de un pasado reconstruido conforme a las relaciones que constituyen un determinado «marco social», en el caso de la historia. *Gesichtsschreibung* y *Geschichtsschreibung*. La historia, como tal, tiene siempre cierto carácter mítico porque, como el cuerpo, siempre queda escamoteada, siempre es demasiado tarde. Y sin embargo, de nuevo Certeau: «Cada grupo tiene necesidad de tener marcas e imágenes de este cuerpo huidizo y diseminado, si bien reglamentado, que posean un valor topográfico y canónico. Son representaciones sustitutas, «ficciones» de cuerpos, si restituimos al término «ficción» el sentido de producción. Estos sucedáneos tienen la doble función de representar el cuerpo por medio de citas (extractos representativos) y de fijarlo según unas normas con la ayuda de modelos. [...] Como el derecho o la medicina, pero a su modo, la historia produce simulacros de cuerpos que poseen al mismo tiempo un valor representativo y un valor normativo. Estos simulacros corporales exorcizan la perturbadora incógnita del cuerpo y lo reemplazan con imágenes a través de una objetivación ficticia [...]. Estas producciones de la historia serían ficciones reguladoras.»

La historia se mueve así entre el poema y la institución o, si se quiere, en un proceso reconstructivo en el que funciona lo que podemos denominar la maquinaria de Penélope o, como la calificará el propio Certeau, la máquina institucional, que entreteje con vestigios de historia la nada del saber: creación y reproducción autorizada, sustitución de la nada (lo irrecuperable) por la autoridad: «Con piezas separadas, se producen ficciones de cuerpos». Y, al producir ficciones, crea ausencias: «Con los trozos que le organizó de antemano la imaginación de su sociedad, realiza desplazamientos, añade piezas, establece diferencias y comparaciones, descubre con estos indicios las huellas de otras cosas que lo remiten a una construcción desaparecida» que ahora él ha de reproducir. Se escribe historia para recordar aquello que ya no se tiene, que no es alcanzable y que solo puede sobrevivir a través del contorno de tiza y del cordón policial, del recuerdo que le brinda la escritura, como aquella inscripción, horadada en

la pared de mármol del Guggenheim de Nueva York, que reza performativamente «Remember me». La historia (*Geschichte*) es un mito que responde a lo que aconteció; la Historia (*Historie*) un relato (*récit*) e, incluso, una leyenda (*légende*) que responde a lo que se cuenta, a un modo característico de organizar contenidos. Como hará ver Leopold Ranke, para horror de Hegel para el que no deben ser confundidas historia y documento, si Tucídides puede ser erigido como fundador de la ciencia histórica es por el aprecio que muestra a la documentación y a la cuidada selección de testimonios. Dicho de otro modo, a su cuidadoso método de unir puntos. Y, sin embargo, de nuevo Hegel «el historiógrafo corriente, medio, que cree y pretende no es pasivo en su pensar. Trae consigo categorías y ve a través de ellas lo existente». Para Certeau el historiador no es pasivo en su pensar, pero por otras razones que no tienen que ver con una razón en la historia, como en Hegel, sino con un historia marcada por las sombras de la propia razón y de la estructura de la conciencia. Su territorio es, como afirmará el propio Certeau, el de la relación social con el acontecimiento, con la violencia, con el pasado, con la muerte, con todo aquello que más se resiste a la cientificidad. Certeau vuelve la mirada, de este modo, a Freud y al proceder psicoanalítico (entre otros, del propio Lacan), pero no para aplicar el psicoanálisis a la historia, sino para resituar sus espacios metodológicos, en parte, como bien han visto Luce Giard o François Dosse, como continuación de sus estudios sobre la mística. Vertebraré mi texto en tres apartados: I. El cuerpo ausente y el mecanismo oculto; II. Ladrones de cuerpos o el escamoteo del afecto; III. Este muerto está muy vivo: el retorno de lo reprimido.

## EL CUERPO AUSENTE Y EL MECANISMO OCULTO

Certeau reflexiona sobre la relación entre el poema y la institución –título de estas páginas– entre lo creativo y lo normativo de toda reproducción histórica, a través del análisis de un Freud historiador o, más propiamente, de un Freud que dirige su mirada a la historia con los anteojos del psicoanálisis. Y lo hace, enmarcado él mismo dentro de una antigua disputa, que viene de la renovación impulsada en los años 30 por la *Escuela de los Annales* frente al modelo de la cientificidad positivista, renovación que haría también a Paul Veyne, por ejemplo, escribir décadas después, en 1971, un libro de significativo título: *Cómo se escribe la historia* en la que ésta es definida como un relato verídico que da cuenta de los acontecimientos que han tenido realmente lugar siguiendo los procedimientos del género narrativo. La labor del investigador, entonces, se reduciría a un ejercicio comprensivo, con una especial vocación explicativa y documentada, alejada de la tarea de producción de conceptos y del método científico. Certeau añade un matiz clave que ya ha sido mencionado: el relato de la historia oculta el vacío que deja tras de sí lo acontecido. Codifica lo que

no puede ser conocido. Todo relato que cuenta «lo que pasó» instituye lo real, en la medida en que consiste en una representación de una realidad ya pasada y, por ello, inasible. De nuevo, si hay narración (reproducción) es porque carecemos del «original»: «El texto nace de la relación entre un punto de partida y una deuda [...] Una desposesión y una pertenencia crean en la identidad la falla a partir de la cual se produce la escritura». Aún más, en la línea de nuestras analogías *negras*, si hay historia es porque hay un cadáver: «Es preciso que el cuerpo muera para que nazca la escritura. Así es la moral de la historia que no se prueba con el sistema de un saber, sino que se narra». La historia es, por tanto, siempre necrológica, testimonio de un cuerpo que desapareció y del que solo queda su huella, quizá sus restos mortales susceptibles de ensamblaje; también es, por el lugar que ocupa, necrófaga. La escritura de la historia, dirá Certeau «se produce a partir de acontecimientos de los que «nada» subsiste: ella «toma el lugar» de los acontecimientos. Está por lo tanto excluida de lo que trata y a pesar de eso es «caníbal». «Tiene el lugar» (ocupa el lugar) de la historia que falta». La ley de la historia es ocultar los vacíos, proteger del vértigo del abismo, llenar los espacios en blanco, autorizar un discurso, un texto *como si* fuera realmente real, proporcionarle referencialidad a la escritura presente, autorizarlo como «cuerpo real» y de este modo transformarlo en un «saber» institucionalizado. Por eso la historia solo puede ser un mapa de un territorio que ya no existe. Pero aunque no perviva el imperio, el mapa seguirá perdurando. Certeau recuerda la referencia de Freud a los versos de Schiller: «Lo que vivirá inmortalmente en el poema / debe hundirse en esta vida». Otra forma más de no-ente, que recibe su ser del ente que fue. Cuerpo ausente, escritura presente.

Esta concepción desbarata el evolucionismo histórico o, como el propio Certeau sostiene en «Lo que Freud hace con la historia» (el capítulo de *La escritura de la historia* dedicado al texto sobre las posesiones demoníacas), la influencia del hegelianismo y su visión totalizadora de la historia. Freud invierte el sentido de progreso y plantea otro problema: el de la doble relación estructural entre pasado y presente, por la cual el pasado sigue latiendo en el presente, como huella o falta; y el presente, por su parte, trata siempre de superponerse sobre el pasado y «tapar» esa falta. Pero el pasado pesa y, frente a la idea de progreso, el sujeto aparece ahora ligado a acontecimientos originarios. Frente a la autonomía de la razón, la dependencia con el pasado. En este sentido, el psicoanalista ha de funcionar como un arqueólogo que «extrae sus conclusiones –habla ahora Freud– a partir de unos jirones de recuerdo, unas asociaciones y unas exteriorizaciones activas del analizado [...] Es solo una cuestión de técnica analítica que se consiga o no traer a la luz de manera completa lo escondido». Es decir, el psicoanalista, como el historiador, ha de reconstruir una narración a través de los vestigios que se muestran de un pasado ahistórico. Analizar para reconstruir una falta que ha de asumirse como tal. Se trata de reconstruir una historia lo más completa posible con el fin de obtener una imagen fiel –ima-

gen, nunca original– del pasado, esto es, de lo real. Para esta reconstrucción el psicoanálisis se mueve en la frontera entre ciencia y ficción, entre la forma literaria del análisis y la ficción de su interpretación que permite una reproducción.

Además del cuerpo ausente de lo real, Certeau subraya una segunda característica de la historia como mecanismo narrativo, tomada también de Freud, y que tiene que ver con otro tipo de cuerpo, no el del cadáver, sino con aquel en el que se inscribe el del propio forense. Es decir, frente a Ranke y la supuesta imparcialidad del historiador (con una distancia clara entre el sujeto que conoce y el objeto conocido), se levanta ahora, gracias a Freud, el concepto de una psique determinada por la vida social, que supone una ruptura, en primer lugar dentro del mismo discurso histórico a través de la imposibilidad que tiene de decir lo mismo que representa, como veíamos, pero también dentro de la propia subjetividad, en un *yo historiador* cuya estabilidad no puede sostenerse. La cultura en la que se inscribe una forma determinada de «jugar» con la historia produce en su despliegue un desplazamiento y, con él, un ocultamiento: la de los propios mecanismos, sociales, políticos, culturales, económicos, que configuran esta ficción del pasado. Es el cuerpo social, si no ausente, sí, al menos, oculto. Si Popper había sostenido que los efectos de la subjetividad del investigador se corrigen gracias a la comunidad científica, Certeau por su parte afirmará que la propia comunidad es ya un mecanismo que aplica unas normas de juego: postulados socioculturales, partidas de presupuestos, infraestructura, jerarquías universitarias, líneas de investigación «de moda»... todos estos elementos condicionan «cómo son los hechos y cómo se han contado». Los vestigios y documentos de tiempos pasados están, por lo tanto, en relación con un aparato fabricante que, como la máquina de reproducción facial ya mencionada, los analiza, los trata y los compone según sus reglas. Al psicoanálisis le hubiera correspondido, según Certeau, el acierto de introducir un corte en la concepción epistemológica imperante al mostrar que la narración de la historia está condicionada por la simbolización sociohistórica característica de un grupo. Se produciría así una verdadera redistribución del espacio epistemológico con una reconsideración de la escritura y de sus relaciones con la institución. La historia en este sentido permitiría dejar al descubierto la articulación del cuerpo social, también escamoteado, a través del propio texto: «Bajo su forma narrativa, el texto histórico ensarta, como perlas, una serie de acciones que ha seleccionado y que da valor. Compone así, de manera más o menos alusiva, una cartografía de esquemas corporales: maneras de mantenerse, reñir, reunirse, saludar, etcétera. Con sus citas de cuerpos, el texto histórico no presenta el cuerpo de una sociedad, [...] sino el sistema de convenciones que define a esta misma sociedad. Sustituye el funcionamiento social del cuerpo físico con las reglas (la «urbanidad») de un cuerpo social. Trabajo alquímico de la historia: transforma lo físico en social; toma prestado de lo físico para construir los modelos de lo social; produce imágenes de la sociedad con fragmentos de cuerpos.» Freud constituiría,

de nuevo, el punto clave a partir del cual se hacen visibles claramente estas estructuras que condicionan toda narración histórica: comprende sus materiales de estudio como efectos de sistemas socioculturales y persigue una explicación de las operaciones temporales que pudieron dar lugar a tales efectos. Así, por ejemplo, sucede en sus trabajos sobre las posesiones demoníacas en el *xvi* en los que se ve cómo la supuesta posesión demoníaca se inscribe dentro de un marco histórico característico con sus propias leyes. Los trabajos psicoanalíticos actualizan de este modo, según Certeau, una lógica en el presente a fin de recuperarla para el pasado y, dan cuenta de la construcción de un nuevo tiempo histórico que atestigua la «verdad histórica» de aquellos tiempos. La eficacia de la historia se produce únicamente cuando los fragmentos del pasado, los vestigios, son restituidos al presente en el que nos encontramos.

Al principio del capítulo consagrado a este texto de Freud, Certeau afirma: «se impone un sentido recibido en una organización tautológica que no dice otra cosa sino lo presente. Cuando recibimos el texto, ya se llevó a cabo una operación que eliminó la alteridad y su peligro, para no guardar del pasado, sino fragmentos empotrados en el rompecabezas de un presente». El discurso de la historia borra todo rastro de un «otro», pero conserva, contra la voluntad de los investigadores, los fragmentos que denuncian la existencia de su presente. El sujeto y el objeto están implicados e, incluso, imbricados, en que la historia diga más sobre el propio presente desde la que es escrita, que sobre el pasado. De este modo, como dice Lacan, «la historia no es el pasado. La historia es el pasado historizado en el presente porque ha sido vivido en el pasado».

## LADRONES DE CUERPOS O EL ESCAMOTEO DEL AFECTO

Por lo dicho, puede ya entreverse que el ocultamiento del cuerpo social y el afán cientificista que ha imperado en los estudios históricos desde Ranke, oculta no solo los mecanismos socioculturales característicos de un marco de juego, sino también que, el que cuenta la historia, tiene, él también, un cuerpo singular, concreto: su propio cuerpo, el cuerpo del historiador. Es éste, recordando el cuento de Stevenson, es otro de los cuerpos robados que, incluso, como consecuencia del crimen reaparece en la historia como fantasma. Con él se escamotea la importancia del afecto en la escritura de la historia, pero también las pulsiones e instintos de la conciencia del historiador. En el curso de la entrevista a Viragello, Certeau señala explícitamente este hurto tomando como ejemplo las obsesiones de Jules Michelet: «El texto que escenifica modelos sociales tiene como contrapunto determinante las estructuraciones oscuras (colectivas e *individuales*) del cuerpo del historiador. Así, para tomar un ejemplo célebre y extremo, la obsesión de la sangre femenina, la exorbitancia visual, la fascinación de la blancura, etcétera, en Michelet. [...] El cuerpo social

presentado por el discurso se convierte en la metáfora de impulsos y tendencias psicosomáticas. Este cuerpo es la escena donde éstos reaparecen, como los fantasmas que serían su ley secreta. Retorno del cuerpo en el texto. Este fenómeno también puede analizarse, aun si el historiador no es Joyce. Indica al menos que los modelos de cuerpos sociales están *habitados por otro cuerpo*, diseminado y por tanto estructurante. Nos lleva a la lucha nocturna que [...] aparece aquí en el interior mismo del discurso histórico, como un combate entre la producción de simbologías sociales organizadoras de formas y las irrupciones disfrazadas con un *cuerpo salvaje y singular* que intenta también imponer su ley» .

Si nada grande se ha hecho sin pasión, por recordar el conocido adagio hegeliano, tampoco se libra de ella el historiador... aunque en otro sentido. De nuevo es Freud quien ayuda a Certeau a entender la importancia del propio cuerpo, de la propia psique, de la impronta de los afectos en la escritura de la historia. Frente a la epistemología característica del XIX, que exilió la pasión del discurso científico como residuo rechazado de la racionalidad y la marginó a la literatura como desviación de la norma, el psicoanálisis da cuenta de cómo el afecto condiciona no solo el modo de unir los puntos de la reproducción histórica, sino también la elección y la descripción de los vestigios del pasado. El ejemplo de Michelet es clave: de seguir no solo a Certeau, sino también a Roland Barthes, ningún historiador ha mostrado semejante obsesión por la sangre y la muerte: vive la muerte y la ama e, incluso, la fagocita (recuérdese la comprensión de la historia como necrofagia).

Doble cuerpo, uno oculto, otro borrado del discurso, que no hace sino cargar de contenido afectivo el análisis «objetivo» de la historia. La relación entre el poema y la institución se transforma ahora en la del afecto y el efecto de la norma: si la institución no hace sino dar autoridad al poema, ahora es el poema (el afecto) el que conforma ocultamente el discurso institucionalizado (el efecto de la norma). Efectivamente para Certeau esto excluido y desechado no consigue ser eliminado y, aunque superficialmente, el discurso de la cientificidad positivista tiene una límpida y aséptica apariencia científica –«Donde mayor es la claridad domina secretamente lo fecal, / La miseria queda como antes era / No puedes extirparla de raíz / pero puedes hacer que no sea vea»–, en el fondo está condicionado por una serie de resortes psíquicos, pulsionales que determinan la economía de las relaciones sociales. «Freud –escribe ahora Certeau– como psicoanalista, siempre tiene cuidado de “confesar”, como él dice, cuál es su reacción afectiva con respecto a la persona o del documento que analiza: es turbado por Dora, espantado por el Moisés de Miguel Ángel, irritado por el Yahvé bíblico [...] Esta regla de oro de todo tratamiento psicoanalítico contradice frontalmente una norma primera y constitutiva del discurso científico, que quiere que la verdad del enunciado sea independiente del sujeto locutor». Freud devuelve por tanto a las pasiones una legitimidad en el discurso científico al sacarlas a la luz: así en la escritura de la historia pueden rastrearse los disimulos

de la pasión bajo la máscara de la razón. Siguiendo golpe del psicoanálisis de la epistemología tradicional: no solo sujeto y objeto están implicados unos con respecto al otro, sino que la verdad del enunciado no es independiente del sujeto locutor, e incluso la contamina lo quiera éste o no. El lugar del historiador, determinado por su afecto, el traumatizado Michelet, es decisivo en la reconstrucción del cadáver. De ahí que si el positivismo rechaza todo discurso contaminado de subjetividad, el psicoanálisis rechaza, por enfermo, el que la esconde.

## ESTE MUERTO ESTÁ MUY VIVO: EL RETORNO DE LO REPRIMIDO

«Así es también la ley de la historia, individual o colectiva. El asesinado resucita donde fue asesinado [...] En el lugar mismo del crimen está siempre este “aparecido”». Freud permite entender a Certeau la escena completa de la sucesión del crimen: en primer lugar tenemos el cadáver ausente, el del propio pasado, que es tachado a través de sus vestigios en el presente mediante la reescritura y, por tanto, aunque está ausente del presente, al mismo tiempo lo organiza con la ley del inconsciente. Se encuentra como algo reprimido que produce una «inquietante familiaridad»; en segundo lugar la escena del crimen, cuyo contorno es dibujado por el control policial, es analizada a través de unas técnicas que dicen más del presente que del pasado, las del cuerpo social (colectivo) con las que trabaja el historiador-forense. Las estructuras y los mecanismos de reproducción de ese pasado, en cierta medida «deformado», quedan ocultos, pero aparecen fantasmáticamente en el texto como prueba del delito; finalmente, el forense, el cuerpo individual del yo del historiador, determinado por los instintos y pasiones. En los tres casos se muestra una estructura de estratos en el que el texto esconde bajo su superficie el latido del corazón delator. El muerto está, pue, muy vivo, porque habita en la forma misma del presente. «El psicoanálisis se articula sobre un proceso que es el centro del descubrimiento freudiano: el retorno de lo rechazado. Este «mecanismo» pone en juego una concepción del tiempo y de la memoria, en el que la conciencia es a la vez *máscara* engañadora y la *huella* efectiva de acontecimientos que organizan el presente. Si el pasado (que tuvo lugar y forma parte de un momento decisivo en el curso de una crisis) es *rechazado*, *regresa*, pero subrepticamente al presente de donde ha sido excluido». Certeau se refiere aquí a los mecanismos del inconsciente descritos por Freud a través de los cuales lo reprimido, aquello que se había ocultado (y olvidado), se manifiesta y, al hacerlo, provoca el sentimiento de lo siniestro (*Umheimliche*) y que no constituye algo extraño que irrumpe desde fuera, sino que, oculto en lo más nuestro, implica el carácter repentinamente extraño de lo familiar.

Al historiador le correspondería la tarea de dejar transparecer al pasado, de reconocer su deuda y de reconciliarse con él, de dar su lugar al otro en el pre-

sente, de hacer ver que si el presente cubre huellas, éstas son constitutivas de la identidad de aquél, de decir institucionalmente, lo que el poema más allá de la ciencia, pero más cerca de lo que nos hace humanos teje con la ficción de la palabra, que

IV. Jamás de tu alma conocerás el viaje  
Comenzado en mi alma al despuntar el día;  
Ni el tiempo, ni el amor, ni la edad, ni el paisaje  
Borrarán tu huella grabada con la mía.

No sabrás que tiene tu rostro la belleza,  
Que el mundo por tu azul dulzura resplandece,  
Que la transparencia del lago en la maleza  
Refleja tu mirar donde el sol amanece.

Nunca jamás sabrás que eres en mi mano  
El oro del farol sobre el andar del mar;  
Que tu lejana voz se mueve en mi cantar,

Que tu antorcha, tu luz y resplandor arcano  
Me indican el dulce sendero de vivir  
Juntos, en una sola sombra de seguir.

Marguerite Yourcenar, *Siete poemas para una muerta*

.....  
ANA CARRASCO CONDE (1979) es Doctora Europea en Filosofía por la Universidad Autónoma de Madrid. Premio Internacional de Investigación Julián Sanz del Río 2012 (otorgado por el Deutscher Akademischer Austausch Dienst y la Fundación Universidad.es). Especialista en idealismo alemán y romanticismo (Schelling, Schubert), en filosofía de la historia (Marquard, Badiou, Zizek) y en historia conceptual e historiografía (Koselleck, Certeau). Es Investigadora Contratada del CEI Campus Moncloa en la Universidad Complutense de Madrid y en la Universidad Politécnica de Madrid. Es autora de *Infierno horizontal. O sobre la destrucción del Yo* (Plaza y Valdés, 2012), de *La Limpidez del mal. El mal y la historia en la filosofía de FWJ. Schelling* (Plaza y Valdés, 2013) y del ensayo, de próxima aparición, *Presencias (ir)reales. Simulacros, espec-tros y otras realidades históricas* (Eutelequia, 2013).